

ció. Los Diez y seis salieron á recibirle en corporación hasta Saint-Antoine des Champs, y Mayenne, aunque resuelto á disimular, no les dispensó muy buena acogida; sin embargo, antes de hacer nada quería enterarse del estado de ánimo de los parisienses. Presidió en las Casas Consistoriales una asamblea, en la que los fanáticos le suplicaron que apaciguara los espíritus, y los políticos que hiciera justicia. La burguesía estaba harta y hastiada del yugo de los sectarios, y hasta algunos ligeros violentos, como el abogado general Dorleans y el sastre La Rue, se habían separado ruidosamente de aquel partido manchado de sangre. Los magistrados, desde el asesinato del primer presidente, se negaban á actuar; los coroneles de las compañías burguesas ofrecían su ayuda al lugarteniente general si quería proceder con rigor, y los hombres de guerra que le acompañaban le incitaban á deshacerse de aquella demagogia facciosa. En aquella ocasión, los Diez y seis no estuvieron muy bien servidos. Mayenne, á la primera intimación que hizo á Bussy-Leclerc (1.º de diciembre), recibió las llaves de la Bastilla, y merced á las simpatías con que contaba fué dueño de París. Hasta el último momento puso buena cara á aquellos á quienes de antemano había condenado, habiendo aceptado el vino que le envió el comisario Louchart y bebido á la salud del que se lo regalaba; pero el día 4 de diciembre, Louchart, Ameline, Aymonnot y Anroux fueron arrestados en sus domicilios, conducidos al Louvre y ahorcados sin formación de causa. El canónigo Launay, Cromé y Cochery, advertidos de la suerte que les aguardaba, huyeron á Flandes; Crucé fué detenido, pero Boucher le salvó la vida: otros miembros de los Diez y seis fueron encarcelados.

Si Mayenne hubiese hecho caso de los políticos, no se habría limitado á esto el castigo; aconsejábanle aquellos, en efecto, que sentara la mano á los predicadores, pero el duque era demasiado discreto para cerrar las bocas que predicaban el odio á los herejes, pues con ello más que á su causa habría favorecido la de Enrique IV. Quizás también vacilaba en dar el espectáculo de un partido católico que exterminaba á los sacerdotes. Satisfecho de haber amedrentado á los Diez y seis y consolidado su autoridad, proclamó una amnistía general é impuso silencio y olvido de todo lo pasado, y prohibió para el porvenir toda clase de asociación, y especialmente la de los Diez y seis. El partido de los fanáticos y de los teólogos que había expulsado de París á Enrique III é impedido á Enrique IV entrar en ella, estaba destruido.

CAPÍTULO V

IMPOTENCIA DE LOS PARTIDOS (1)

I. Equilibrio de las fuerzas militares. - II. Fracaso de las negociaciones. - Formación de terceros partidos

I.—Equilibrio de las fuerzas militares

El golpe asestado sobre los Diez y seis, ¿á quién aprovecharía, á Mayenne ó á Enrique IV?

El rey llamaba en su auxilio á las potencias amigas,

(1) FUENTES: *Lettres missives*, III. *Mémoires de la Ligue*, V. *Archives curieuses*, XIII. *Mémoires-journaux de L'Estole*, V. *Mémoires de Claude Groullart ou voyages par lui faits en cour*.

siendo el vizconde de Turena el encargado de hacer ver á Isabel y á los príncipes alemanes que la causa del rey de Francia era también la causa del protestantismo europeo. Los Estados generales de Holanda prestaron 30.000 escudos; la reina de Inglaterra envió 4 000 soldados á las órdenes de su favorito, el conde de Essex; y el margrave de Brandeburgo, los duques de Sajonia y de Wurtemberg, el landgrave de Hesse y el conde palatino se comprometieron á organizar un ejército de socorro. El 11 de agosto de 1591 formaron en parada, cerca de Francfort, 6.800 raites y 10.000 lansquenetes, que en seguida emprendieron el camino de Francia, al mando del joven Cristián de Anhalt-Bernburgo. Enrique salió á recibir á estos auxiliares en Sedán, y después de revistarlos en la llanura de Vandy (29 de septiembre de 1591), resolvió atacar con aquellas fuerzas Ruán y terminar, con la toma de esta ciudad, la conquista de Normandía; y al efecto ordenó al mariscal de Birón que comenzara el asedio en tanto que él iba á reunirse con el resto de las tropas. La desaparición del ejército de la Unión, el fraccionamiento y la diseminación de la resistencia y la constancia de las grandes ciudades en su fe en la Liga, le obligaban á hacer esta guerra de sitios tan opuesta á su temperamento.

El gobernador de Ruán nombrado por la Liga era Villars-Brancas, excelente hidalgo provenzal que lo había sido antes del Havre y que había arrebatado á Mayenne el mando de aquella plaza y la lugartenencia general de Normandía.

Los buques que armaba en corso en el Havre infestaban la Mancha y apresaban barcos mercantes ingleses, poniéndoles precio de rescate. Con los provechos de la guerra marítima pagaba á sus soldados. Apenas hubo husmeado los propósitos del rey, reunió gentes de armas de todas procedencias, expulsó de la plaza á los realistas y á los sospechosos y trabajó para aumentar los medios de defensa. La ciudad, oprimida entre el Sena y la costa brava, se esconde al pie de la meseta defendida por la ciudadela de Santa Catalina. El asaltante podía, á su antojo, deslizarse á lo largo del valle y atacar directamente la plaza, ó apoderarse de la fortaleza para desde allí abrasar con sus fuegos la ciudad. Este último partido era el más seguro, pero también el más difícil y de ejecución más larga; Birón lo adoptó por razones que no eran todas de índole militar, pues decíase que temía toda victoria decisiva de la causa real que, precipitando el término de la guerra civil, le deja-

1588-1606. Mich y Pouj., 1.ª serie, XI. *Mémoires d'Etat de Villeroi*, I y II. Palma Cayet, *Chronologie novenaire. Mémoires des sages et royales Oeconomies de Sully* (1638). *Mémoires de Cheverny*, M. y P., X. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, IV-V. De Thou, XI y XII. Matthieu, *Histoire de Henri III*, 1631. D'Aubigné, VIII. Moreau, *Histoire de ce qui s'est passé en Bretagne durant les guerres de la Ligue*, publicada por M. Le Bastard de Mesmeur, 1836. Coloma, *Las guerras de los Estados Baxo: desde el año de 1588 hasta el de 1599*, Amberes, 1625. Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe segundo*, III, 1877.

OBRA DE CONSULTA: L'Epinois, *La Ligue et les papes*. Leger, *Le siège de Rouen par Henri IV, d'après des documents inédits*, «Revue historique», VII, mayo de 1878. Vizconde de Estaintot, *La Ligue normande*. Fornerón, *Philippe II*, IV. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887. A. Baudrillart, *La politique de Henri IV en Allemagne*, «Revue des Quest. hist.», XXXVII, abril de 1885. Dufayard, *Les dignitaires*. Marqués de Pidal, *Felipe II, Antonio Pérez y el reino de Aragón*.

ría sin empleo y le obligaría á retirarse á su casa sin gloria y sobre todo sin provecho. Cuando hubo iniciado el ataque de Santa Catalina, el capitán Bois-Rosé, soldado de fortuna que mandaba la ciudadela, utilizó los trabajadores que en profusión le facilitaba Ruán,

sobreexcitarlas, y mandó ahorcar á algunos traidores y levantar horcas en las principales plazas á modo de advertencia. Los predicadores, en tanto, enardecían á las masas. El gobernador, los Tribunales supremos y el pueblo entero asistieron á una procesión á cuya cabeza



*Nominis eiusdem tecum Regesque, Ducisque,
Iurisque tunc Proceres Celsissime, stirpis,
Currenti est, Princeps, tibi non opus, addere calcem:
A quo nomen habes, aderit tibi ad omnia CHRISTVS.*

Lucas Kilian. sculp. et excud. A. 1615.

Cristián II de Anhalt-Bernburgo

para remover la tierra y cubrir las fortificaciones con atrincheramientos improvisados.

En el entretanto había llegado el rey (13 de diciembre). Desde Vernón (1.º de diciembre) había intimado la rendición á la ciudad, pero los habitantes de ésta contestaron al heraldo que estaban dispuestos «á morir todos antes que reconocer como rey de Francia á un hereje.» Villars-Brancas tal vez no era un católico intratable y tenía por consejero al poeta Desportes, aquel cantor fácil de los favoritos de Enrique III; pero conocía el poder de las pasiones religiosas y trabajó para

iba un grupo de 300 ciudadanos descalzos, cada uno con un cirio de cera blanca (8 de diciembre), y detrás de ellos 1.500 niños vestidos de blanco. En la iglesia de San Ouén, en donde se celebró una misa solemne, el gran penitenciario Dadré subió al púlpito y comentó el texto del Libro santo: *Nolite jugum ducere cum infidelibus* (guardaos de obrar de acuerdo con los herejes). Aquellos ciudadanos fanatizados valían tanto como soldados, y un día en que hubo una gran escaramuza fué preciso cerrar las puertas para evitar que salieran á combatir.

Birón se obstinaba en tomar Santa Catalina; dos veces los realistas llegaron a instalarse en los fosos de la antigua fortaleza y otras tantas fueron arrojados de allí y obligados, á pesar de sus atrincheramientos «de tablas y fajinas enyesadas y cubiertas de tierra y de césped,» á retroceder hasta su tercera trinchera.

Una flota holandesa que había remontado el Sena hasta Ruán no tuvo mejor éxito, pues Birón no supo ó no quiso sacar todo el partido posible de aquella artillería de refuerzo.

La gran salida del 26 de enero de 1592 fué en extremo reñida, perdiendo en ella Villars-Brancas cinco capitanes y muchos soldados y librándose él milagrosamente de caer en poder de los realistas; pero tomó 1592 su desquite después que Enrique IV hubo abandonado el campamento (29 de enero de 1592). En efecto, el 24 de febrero, á las siete de la mañana, al oír un cañonazo que era la señal convenida, tres regimientos y algunas compañías de infantería y de caballería salieron de la ciudadela y se encaminaron directamente á las trincheras de los sitiadores. Bois-Rosé, que por haber recibido una herida odiaba á muerte las armas de fuego, arrojóse sobre la artillería, derribó los gaviones y se llevó las piezas ó las clavó, en tanto que los otros capitanes, siguiendo su ejemplo, destruían las trincheras y asesinaban ó ponían en fuga á sus defensores. Durante dos horas los sitiados fueron dueños del campo; quinientos realistas habían perecido y los trabajos de apoché habían sido minados. Todos los esfuerzos de los sitiadores resultaban perdidos.

Enrique IV se había alejado para salir al encuentro del duque de Parma que llegaba con intento de socorrer Ruán. El ejército español, una vez reunido con las fuerzas de Mayenne y las tropas pontificias, constaba de 18.000 infantes y 5.000 caballos; contra aquellas fuerzas disponía el rey de 3.000 caballos extranjeros, 2.000 franceses y 2.000 arcabuceros montados. Enrique encontró la vanguardia enemiga en Foleville, cerca de Montdidier y la obligó á replegarse (29 de enero de 1592).

La repentina aparición del monarca sorprendió al duque de Parma, quien no podía imaginar que el rey de Francia se hubiese aventurado tan lejos sólo con algunos millares de jinetes; creyendo, pues, que tenía que habérselas con todo un ejército, adoptó las disposiciones convenientes para librar batalla, distribuyendo toda su infantería en tres grandes cuadros que avanzaban flanqueados por su artillería y por una muralla móvil de carros, y disponiendo sus escuadrones de caballería de manera que cubrieran las alas y formaran la vanguardia. Era, pues, un verdadero campo atrincherado en marcha.

Los realistas, en tanto, acosaban á esa masa. En Aumale (5 de febrero) el rey, con algunos centenares de jinetes, tropezó con los exploradores enemigos y los puso en fuga; pero á su vez se vió atacado por la vanguardia española. No había más que cubrir la retirada. La lucha fué reñida, habiendo recibido Enrique IV, en el intersticio entre dos piezas de la coraza, un disparo que le «quemó la camisa y le hirió un poco la carne encima de los riñones.» La llegada del duque de Nevers y sobre todo las vacilaciones del de Parma salvaron al monarca y á las fuerzas que con él iban, porque el general español temió empeñarse demasiado contra

una tropa que, en su concepto, estaba protegida á retaguardia por un ejército. Cuando supo la escasa fuerza de que disponía su adversario, era ya demasiado tarde. La entrada de los españoles en Aumale y la toma de Neufchatel (12 de febrero) eran ventajas de muy poca importancia. El vencido volvía á la carga tan osado como antes, pero mejor acompañado, y en Bures (17 de febrero) forzó el cuartel general del duque de Guisa matándole 400 hombres y apoderándose de sus bagajes y de su bandera.

Cuando Mayenne y el duque de Parma se enteraron del feliz éxito de la salida del 24 de febrero, creyeron salvada Ruán y en su consecuencia se llevaron su ejército al otro lado del Somma. El rey, perdida la esperanza de librar una batalla, volvióse al sitio y envió á la nobleza y á varios regimientos á que repararan sus fuerzas en las ciudades y en las provincias vecinas. Parma, á quien demandaban auxilio los ruaneses, que seguían bloqueados, se aprovechó de la debilidad momentánea de su adversario, y partiendo con 12.000 hombres, recorrió treinta leguas en cuatro días, pasó cuatro ríos y en la mañana del 20 de abril presentóse delante de Ruán. El mariscal Birón, falto de caballería, no se atrevió ni á empeñar acción ni á permanecer en sus líneas y se replegó hacia Pont-de-L'Arche; pero Parma, satisfecho con haber libertado la ciudad, dirigióse á Candebeque, que quería tomar á los realistas para devolver á Ruán la navegación del río y el camino del mar. Cara pagó aquella mediana victoria, pues delante de la insignificante plaza de Candebeque fué herido gravemente de un arcabuzazo en el brazo derecho, entre el codo y la mano (25 de abril).

Enrique IV tuvo tiempo de concentrar sus tropas. El ejército real aumentaba á ojos vistas: los duques de Longueville y de Nemours se habían juntado á él con sus compañías y la nobleza se había apresurado á acudir al campamento real. El rey, con estas fuerzas considerables, púsose en movimiento á fin de cerrar la retirada al duque y de obligarle á aceptar la batalla. Cerca de Ivetot, en donde tenía su cuartel general el ejército español, hubo sangrientas escaramuzas. El duque hallábase acorralado entre el Sena y la Mancha en una especie de península cuya salida le cerraba el enemigo, y estaba tan debilitado á consecuencia de su herida, que no podía sostenerse á caballo; pero nunca dió muestras de mayor voluntad ni de mayores recursos que en aquella situación por todo extremo crítica. Hizo construir balsas, pasó el Sena, escapando así á sus enemigos (16 de mayo de 1592), llegó más allá del Eure después de una rápida marcha, atravesó el Sena por Charentón y se retiró á Chateau-Thierry; y sólo cuando hubo puesto en seguridad su ejército pensó en sí mismo, haciéndose transportar á los Países Bajos, en donde vivió aún consumiéndose algunos meses.

El de Parma había salvado Ruán y quitado á Inglaterra y á Alemania las ganas de una nueva intervención. Enrique IV, convencido de su impotencia, renunció á las grandes empresas, licenció á los raitres y á los hidalgos y dejó el resto del ejército á las órdenes de Birón, el cual, «no viendo cosa mejor que hacer,» puso sitio á Epernay (25 de julio á 9 de agosto de 1592). La ciudad fué tomada, pero Birón perdió la vida en aquella empresa.

En el centro del reino han terminado las grandes operaciones; pero en las extremidades la lucha prosigue violenta y confusa.

El príncipe de Conti, lugarteniente general del rey en el Maine, en el Anjou y en la Turena, y el príncipe de Dombes, gobernador de Bretaña, habían decidido reunir sus fuerzas para reducir la ciudad de Craón, cuya guarnición ligera cometía horribles estragos y dificultaba sus comunicaciones. Su ejército, fuerte de 6.700 hombres y 800 caballos, encontró una resistencia tenaz y hubo muy pronto de hacer frente á Mercœur que acudía en socorro de la plaza con 3.000 españoles y otros tantos franceses. Los dos caudillos realistas no supieron ni escoger un campo de batalla ventajoso ni asegurarse la retirada. El valor de la infantería española decidió la acción, causando á los enemigos una derrota que, aunque les ocasionó muy pocas bajas, los desbandó de tal modo que no pudieron volver á juntarse (24 de mayo de 1542). Era preciso, pues, aplazar la esperanza de conquistar la Bretaña.

Las mismas provincias del Oeste que Enrique IV había sometido al principio de su reinado, se resentieron de aquella derrota. Bois-Dauphin, á quien la Liga iba á nombrar mariscal de Francia, recobró Laval, Mayenne, Chateau-Gontier y toda la línea del Mayenne, y sus exploradores llegaron hasta el Anjou y el Vendomois. En medio del Poitou, completamente adicto al rey, Poitiers, aislada en su obstinación en pro de la Liga, desafiaba los ataques y los complots de los realistas.

En el Langüedoc, las cosas revestían otro aspecto. A la muerte del mariscal de Joyeuse, su hijo, el duque de Joyeuse, se había encargado de la dirección del partido de la Liga, y con los refuerzos que le enviara Felipe II había ocupado Carcasona y bloqueaba los alrededores de la ciudad protestante de Montaubán. Quería apoderarse de Villemur (en el Tarn), que le habría abierto la entrada del Quercy y permitido la invasión de la Guiena, y aunque la aproximación del ejército que el duque de Epernon llevaba á Provenza le obligó á levantar el sitio, volvió á presentarse delante de las murallas de la plaza en 10 de septiembre de 1592. Los jefes realistas de los territorios vecinos reunieron sus fuerzas en Montaubán y fueron á socorrer á los sitiados. Uno de los héroes de la batalla de Issoire, el señor de Rastignac, gobernador de la Alta Auvernia, púsose con sus auverneses á la vanguardia de aquel ejército y forzó las trincheras de los ligueros, mientras la guarnición efectuaba una salida cogiendo á éstos por la espalda. Joyeuse retrocedió para buscar un terreno más ventajoso, pero el miedo se apoderó de su infantería, que se desbandó, hundiéndose el puente del Tarn bajo el peso de los fugitivos. Los ligueros perdieron 3.000 hombres y á su general, que se ahogó al pasar el río; los vencedores se jactaron de no haber tenido más que diez soldados muertos (20 de octubre de 1592).

Los disturbios de España favorecían en aquella frontera los progresos de los realistas. El secretario favorito de Felipe II, Antonio Pérez, que había caído en desgracia y sido encarcelado y sometido á la tortura, había huído á Aragón á fin de procurarse un refugio contra la cólera de su señor. Zaragoza había tomado las armas

en favor del proscrito (24 de septiembre de 1591) y la hermana de Enrique IV, Catalina de Borbón, regente del Bearn y de Navarra, fomentó cuidadosamente aquella agitación (1), acogió á Antonio Pérez y armó partidas que pasaron la frontera. Felipe II, alarmado por todos esos movimientos, guardaba sus tropas del lado de acá de los Pirineos. El impulso que los Joyeuse habían comunicado á la liga langüedociana quedó destruido por la derrota de Villemur y por las dificultades con que habían de luchar los españoles.

Los vaivenes de la fortuna aparecen bien marcados en el Sudeste, en donde Lesdiguières y el duque de Saboya, que se disputan encarnizadamente la Provenza, interesan en este conflicto á toda la región montañosa de los Alpes, desde Ginebra al Mediterráneo. En un principio, la suerte favoreció á Lesdiguières: llamado á Provenza por los realistas, á quienes la muerte de La Valette en el sitio de Roquebrune dejaba sin jefe, había rechazado á Carlos Manuel hasta más allá del Var, y pasando el río en su desembocadura, había ido á atacarle en el castillo de Niza; mas apenas se había retirado, su adversario volvió á cruzar la frontera y tomó á viva fuerza y saqueó Antibes, el baluarte de la frontera en aquellas regiones (7 de agosto de 1592).

Las empresas del duque de Nemours habían motivado la vuelta de Lesdiguières al Delfinado. El defensor de París, á quien los celos de Mayenne habían relegado al gobierno del Lyonnais, acariciaba, como desquite, la idea de crearse allí un principado. Maugirón, lugarteniente de la Liga en el Delfinado, le entregó Vienne (julio de 1592), y el duque de Saboya, para obligar á Lesdiguières á soltar su presa, le excitó á invadir el Delfinado y le envió refuerzos saboyanos, italianos y españoles, pudiendo entonces Nemours disponer de unos diez mil hombres que le ayudaron á apoderarse de Saint-Marcellin y de Les Echelles (4 de agosto de 1592). Pero la llegada de Lesdiguières puso término á estos progresos.

Lesdiguières, luego que hubo puesto en orden los asuntos del Delfinado, devolvió á Carlos Manuel golpe por golpe, entrando en pleno invierno en el Piamonte, fortificando Briqueras y apoderándose del castillo de Cavour á la vista del mismo duque. Francia volvía á sentar su planta allende los Alpes. En Provenza, el duque de Epernon pudo, con los 10.000 gascones que allí había llevado, limpiar de enemigos el campo y bloquear á los ligueros en las ciudades, consiguiendo recuperar Antibes y rechazando al duque de Saboya hasta más allá del Var.

A pesar del fracaso de aquel pretendiente, Provenza distaba mucho de ser realista: Carlos Manuel poseía allí todavía la plaza fuerte de Berre; Marsella, que le había cerrado sus puertas, no estaba dispuesta á abrir las al rey; y Arlés y Aix permanecían fieles á la Unión. Y cuando tan necesario habría sido que el partido realista se mantuviera unido, D'Epernon se peleaba con Lesdiguières y las extorsiones de sus soldados sublevaban, hasta hacerlas rebelarse, á las ciudades leales.

De suerte que las victorias y las derrotas se contrabalanceaban de un extremo á otro del reino. Las gran-

(1) Samazeuilh, *Catherine de Bourbon, régente de Béarn*, 1868.

des poblaciones persistían en su adhesión a la Liga, y el rey se encontraba sin medios y aun sin voluntad para reunir un nuevo ejército con que someter a la nación católica.

II.—Fracaso de las negociaciones

Los partidos, aunque seguían combatiéndose con las armas, no habían dejado nunca de negociar. Mayenne estaba en relaciones con Enrique IV y trataba con los españoles.

Felipe II, al mismo tiempo que enviaba a Parma en socorro de Ruán, había encargado que comunicara a los jefes de la Liga su «intención» respecto de la corona de Francia. Entendía que era llegado el momento oportuno de reunir los Estados generales para derogar la ley sálica y reconocer los derechos de su hija, Clara Isabel Eugenia; pero el advenimiento de la infanta no era muy grato a Mayenne, porque en el entretanto desempeñaba las funciones de rey, y aunque los cuidados del gobierno se avenían muy poco con su pereza y la guerra le obligaba a permanecer a caballo más horas de lo que su gordura permitía, gustábase mucho ser el amo y creía haber merecido por sus servicios el derecho de mandar. Así lo escribía (7 de marzo de 1591) al arzobispo de Lyon y al comendador de Dión, a quien enviaba a Roma: «... Aunque el único fin que me he propuesto sea el establecimiento de la religión y la tranquilidad de todo este reino, no sería razonable que yo quedase privado del honor en que me he mantenido hasta el presente y que otro, fuese quien fuere, viniese a coger el fruto que yo he hecho madurar haciendo inútiles mis trabajos y privándome del agradecimiento que por ello espero de Su Santidad.» Sin embargo, necesitaba demasiado a Felipe II para resistirle abiertamente. En La Fere (enero de 1592) celebráronse varias conferencias entre el presidente Jeannin y los consejeros de Farnesio, Diego de Ibarra y Richardot. Jeannin aceptó en principio las proposiciones españolas, pero con la condición de que el rey de España se comprometiera a casar a su hija dentro de un año, previo consejo «de los príncipes y funcionarios de la corona y estados de Francia;» recompensara a los príncipes, hidalgos, capitanes y gobernadores de plazas, y sobre todo se pusiera de acuerdo con Mayenne.

Los españoles habrían obtenido en condiciones mejores la adhesión de los predicadores y de los burgueses de las ciudades que la de la casa de Lorena y la de la nobleza de la Liga. Diego de Ibarra veía claramente que los príncipes y la nobleza tenían el propósito de «estar solos en aquel negocio» a fin de sacar de él el mejor partido posible; Mayenne había aplazado continuamente la reunión de los Estados y aniquilado la facción de los Diez y seis precisamente para reservarse el monopolio en aquel contrato, y se le atribuía la siguiente frase: «se quiere que los miembros lleven la corona de Francia a Felipe II, pero es preciso que los que se la lleven sean los jefes.»

No se mostró menos franco Jeannin respecto de la cuestión de los subsidios: el partido quería disponer de medios para acabar con el rey de Navarra después de la proclamación de la infanta, y en su consecuencia Jeannin pidió que Felipe II se obligara a destinar 8.000.000 de escudos en dos años, ora a pagar soldados, ora a re-

clutar guerrilleros. Los negociadores españoles no se atrevían a negar ni a prometer, en nombre de su soberano, una suma tan considerable: aceptar era exponerse a una desautorización que causaría un lamentable efecto; negarse era dar a Mayenne la ocasión, que buscaba, de acogerse a nuevas evasivas. Decidieron, pues, contraer el compromiso, pero variando las condiciones; así prometieron 16.000 infantes, 4.000 caballos y 1.000.000 de escudos, prefiriendo pagar tropas extranjeras cuya dirección conservarían, a poner en manos francesas subsidios de cuyo empleo no tendrían conocimiento.

Los ligueros políticos sospechaban que Felipe II quería desmembrar el reino y por esto exigían la promesa de que el Estado sería mantenido en toda su integridad. Mayenne, sabedor de que Diego de Ibarra sobornaba por bajo mano a algunos gobernadores para que le entregaran ciertas ciudades, había hecho jurar a todos los comandantes de plazas «que no conferenciarían con los españoles ni les favorecerían sino mediante su licencia y según sus instrucciones.» Sobre este punto el duque era intratable; así Diego de Ibarra decía que había de disimular sus inteligencias, a fin de no «excitar los celos de Mayenne que ve visiones.»

Por esto el duque de Parma preveía que el advenimiento de la infanta traería «una millarada de dificultades,» y para triunfar, según escribía a Felipe II, confiaba más en una gracia de Nuestro Señor que en la industria humana: «Sin un milagro evidente, no hay esperanza de obtener lo que se pretende con ningún buen éxito» (18 de enero de 1592).

Sin embargo, parecía que los españoles habían triunfado. Mayenne dejó que Jeannin redactara un proyecto de tratado, por el cual se comprometía, bajo las condiciones convenidas, a hacer elegir a la infanta. Si al obrar así hubiese procedido con sinceridad, no habría sido mejor patriota que los Diez y seis, de quienes acababa de desembarazarse; pero probablemente esperaba que después de la liberación de Ruán encontraría ocasión de desdecirse de lo prometido. Jeannin escribía a Villeroy (marzo de 1592) que aquellos artículos «sólo habían sido presentados para divertirlos» (a los españoles). Pero aquel juego podía ser peligroso.

Enrique IV, por su parte, trataba de sobornar al jefe de la Liga. Las negociaciones, pendientes desde hacía varios meses, se reanudaron en el momento del sitio de Ruán (marzo de 1592), autorizando Mayenne a Villeroy para que se pusiera en relación con Du-Plessis-Mornay. La religión era, al parecer, el principal obstáculo para la reconciliación. El duque no quería tratar mientras el rey no hubiese prometido convertirse, al paso que Enrique IV pretendía ser reconocido antes de hacerse instruir. Y esto no era una simple cuestión de forma, porque subordinar la obediencia de los súbditos a la profesión del catolicismo equivalía a reconocer un derecho superior a la herencia; es más, aun cuando el rey hubiese prescindido de la cuestión de principio, aquel regateo repugnaba a su dignidad.

Para salvar estos escrúpulos, Villeroy, de acuerdo con el cardenal de Gondí, pensó en pedir a Enrique IV que fijara de antemano el plazo dentro del cual se haría instruir, que «declarara que su intención era reunirse a la Iglesia católica por medio de dicha instrucción

y viera con agrado que los católicos que le asistían acudieran al papa para que le socorriese con su buen consejo y autoridad en dicha instrucción.»

El Expediente, como se le llamó, no gustó a Mayenne, el cual temió verse abandonado por su propio partido si entraba en tratos antes de la abjuración; y aun en caso de conversión se proponía tomar las precauciones más minuciosas contra el neófito de cuya sinceridad desconfiaba, y quería llamar al Papa y al rey de España en garantía del tratado, prohibir en todas las ciudades la presencia de guarniciones reales y asegurar a los jefes de la Liga plazas de seguridad. Para él pedía el gobierno de la Borgoña, a título hereditario, el derecho de nominación «para los beneficios, empleos, capitanías y cargos de dicho gobierno» y además aquellos «cargos y dignidades que ponen fuera de lo común a los príncipes de su calidad» (probablemente el cargo de lugar-teniente general).

Habría sido el mayordomo de palacio de un rey holgazán. Reclamaba, además, para sus parientes y amigos, Mercoeur, Nemours, Guisa, Joyeuse, etc., los gobiernos que poseían y algunos otros con el derecho de proveer durante cinco ó seis años los mandos que en ellos vacaran. Si Enrique IV hubiese concedido a los príncipes y a los magnates fieles a su causa los mismos favores que a los jefes de la Liga (y ¿acaso podía hacer por sus servidores menos que por sus enemigos?), el Estado habría quedado desmembrado, y no habría habido «en Francia nada menos rey que el rey mismo.»

Los ligueros rechazaban la idea de un Edicto de abolición «en lo que se refería a la toma y continuación de las armas.» La abolición suponía un crimen; ahora bien, ellos habían tomado las armas por honor y por razón y les apenaba mucho abandonarlas. No eran súbditos rebeldes a quienes el soberano indulta, y reconocerían al rey de Navarra bajo ciertas condiciones, «habiendo tenido motivo y razón para no hacerlo en vida del señor cardenal de Borbón (Carlos X), ni después» mientras continuara siendo hugonote.

Mayenne formulaba todas estas exigencias después de la derrota del ejército real en Ruán, es decir, cuando todo parecía salirle bien. No había admitido las demandas de Felipe II sino bajo ciertas condiciones, y contaba servirse de los Estados generales, si es que no lograba aplazarlos, para consolidar los asuntos del partido y su propia fortuna, nos intiendo mayores deseos de asegurar el triunfo de Enrique IV que el de Felipe II.

Una tentativa de los realistas cerca del nuevo papa, Clemente VIII, no dió ningún resultado (octubre de 1592): Gondí, que se había encargado de ir a Roma a formular las proposiciones, recibió orden de no pasar de Florencia, pues el papa no admitía como solución ni siquiera la conversión del rey de Navarra: «El poder de Dios, decía a los delegados de Mayenne, se extiende como le place y puede hacer reconocer al rey de Navarra como rey de Francia. Su vicario, antes que hacerlo por sí, preferiría la muerte.»

III.—Formación de terceros partidos

Esta imposibilidad universal de llegar a un resultado favorecía la indisciplina y la intriga. Como para los católicos realistas el principal obstáculo para la reconci-

liación lo constituía la religión de Enrique IV, natural era que los impacientes buscasen fuera de éste una solución a la crisis. En la familia de los Borbones había católicos, el cardenal de Borbón, antes cardenal de Vendôme, el conde de Soissons (sus primos), sin contar el príncipe de Conti, que era tenido por imbécil, y el duque de Borbón-Montpensier, cuyo parentesco era más lejano. El cardenal de Borbón era joven y podía ser un buen rey y hasta fundar una dinastía si el papa le relevaba de sus votos; cuando presidía en Tours el Consejo de Estado, habían comenzado allí las intrigas sordas para reclutar adeptos a este Tercer partido (como se le llamó), pero Enrique IV, advertido de ello, había apresurado a llamar a su lado a su primo y a asociarlo a su vida errante. Mas no por esto aquel pretendiente vergonzante abandonaba sus esperanzas y para recomendarle a los católicos ardientes no cesaba de oponerse a las medidas favorables a los protestantes, y hacía negar la sepultura en tierra sagrada a dos valientes é ilustres hugonotes, los hermanos Piles, que «no teniendo todavía barba,» se habían hecho matar gloriosamente en la trinchera al pie de las murallas de Ruán. Cuando la discusión del Edicto de Mantes (4 de julio de 1591) había hecho además de salir de la sala del Consejo en señal de protesta; pero el rey le había interpelado tan duramente que volvió a ocupar su sitio.

A falta de este sacerdote, podía el Tercer partido recurrir a un militar, el conde de Soissons, que también se mostraba descontento. Había acariciado éste la idea de casarse con Catalina de Borbón, pero Enrique IV, fuesen cuales fueren las promesas que hubiese podido hacer, estaba firmemente resuelto a descartar a ese pretendiente católico cuyo casamiento con su hermana, ferviente calvinista, le habría recomendado a los dos partidos religiosos. Soissons, que sabía que era amado por Catalina, quiso prescindir del consentimiento de Enrique, y abandonando el campamento establecido delante de Ruán, partió para el Bearn con intento de realizar el matrimonio. El rey, al tener noticia de ello, escribió al señor de Ravignan, primer presidente del Consejo supremo de Pau, en un tono amenazador que contrasta con los miramientos y caricias de su correspondencia: «Si sucede algo en que vos consintáis ó asistáis contra mi voluntad, vuestra cabeza me responderá de lo que pase.» Los magistrados y los ministros pusieron orden en aquel complot matrimonial.

El cardenal de Borbón, que continuaba sus intrigaar envió al papa un hombre de confianza para asegurarse su benevolencia y su apoyo. A los jefes de la Liga, se les puso al corriente de lo que se tramaba, y algunos personajes, como el presidente Jeannin, declararon aceptable el compromiso. La obstinación de Enrique IV exasperaba a los católicos realistas, tales como D'O, el mariscal d'Aumont, el duque de Longueville, el conde de Saint-Pol y otros muchos, quienes pensaron hasta en proponer a los españoles que hicieran una última y definitiva intimación a Enrique IV. El mariscal d'Aumont se ofreció a negociar esta inteligencia entre los católicos de ambas naciones a fin de obligar al rey a que abjurase, como si Felipe II no hubiese tenido más que razones religiosas para impedir el advenimiento del rey de Navarra. Todas estas maquinaciones indicaban de un modo bastante claro la perturbación que reinaba en el